

Visión de La Paz

Urioste, Juan Cristóbal

Juan Cristóbal Urioste: Jurista y escritor boliviano.

La impresión sobrecogedora que la honda quebrada de Chuquiabo ejerce sobre el visitante que llega de la pedregosa y monótona meseta y se encuentra ante el filosófico borde que la cuenca recorta en la estepa, súbitamente y sin advertencia, no puede expresarse. Ante los ojos, una legua más abajo, se derrama la ciudad reverberando en una transparencia e intensidad luminosa únicas: un anfiteatro que confluye, en el sitio donde los 140 ríos, arroyos y torrentes que cruzan la quebrada, rompen el cerco de montañas al pie del Illimani, el eterno resplandeciente.

Si el visitante ha llegado desde la costa del Pacífico, habrá tenido ocasión de sobrevolar el núcleo de la cordillera de Los Andes, la formidable muralla que separa el altiplano, por el oeste, del resto del mundo y por el este de la hostil soledad amazónica. Una isla cercada, como el recinto de un castillo, en la altiplanicie sublime y silenciosa; sepia interrumpido por manchas de verde y de morado; el Lago Titicaca, resabio de un mar interior, como un espejo de vivacidad.

El clima es allá tan rudo que el maíz no llega a la madurez; la vegetación es tan rara que sólo el olivo salvaje merece el nombre de arbusto; el agua es tan fría que el hombre no podrá bañarse en ella sin peligro. Lluvias torrenciales, sol ardiente, noches heladas se suceden allí.

Aunque el espectáculo de la Cordillera Real, maravillosa sucesión de montañas que imperan a 6.500 metros. sobre el nivel del mar, modere la primera impresión de estupor, y explique en cierta forma el oculto sentido del lugar. El visitante, contemplará el hondo valle al abrigo de los fríos y los aires, retraído en un estado de ensimismamiento, en un sitio inaccesible, y alejado en su soledad de las fuentes de vida.

Donde comienzan las grises erosiones de Llojeta, góticas formaciones que se tiñen de rojos, lilas y azules en el Lago de Piedra y se transforman más allá, en las altas catedrales de Las Animas. Como la sola mirada, el visitante abarcará desde el Huayna Potosí hasta el «tinku» de los ríos donde se lava al sol la ropa de los muertos: encuentro y confluencia; el desfiladero que conduce a Arica, la escisión al flanco oriental, que desciende en picada hasta el tópico, en pocos minutos.

El visitante adivinará que la ciudad es el crisol de esa única región del mundo que abarca tales contrastes, desde el nivel del mar hasta las más altas regiones habitables; desde desiertos totalmente aislados hasta las selvas tropicales más lujuriantes; desde regiones invariablemente calurosas hasta zonas en que el hielo y la nieve son eternos.

Percibirá la variedad más grande imaginable en el más breve espacio: esta confluencia de ámbitos tan dispares de alturas y temperaturas, de atmósferas, y coloraciones de la luz, que desciende como un torrente por la quebrada, en una sucesión de climas diferentes, cuya progresión da una cambiante serie de paisajes. La asimetría de la ciudad, accidentado relieve de temperaturas que aumentan y disminuyen con repentina rapidez; espacio heterogéneo de conusarios, cuya recíproca proximidad permite variaciones bruscas y repentinas en el mismo lugar.

En un territorio de pocas leguas, se ven allí los cuatro tiempos del año constantemente, en uno de los fríos rigurosos del invierno, en otro las delicias de la primavera sin las molestias del otoño y los calores fastidiosos del verano. Cosa maravillosa la diferencia de temples, no son acá tan helados los inviernos como en España, ni tan ardientes los veranos, en la ciudad no hay ni invierno, ni primavera ni verano: es el país del eterno otoño.

Esta cualidad de su clima se debe a la radiación solar. La altitud, y la escasa nubosidad favorecen la intensidad luminosa. Las nieblas son raras, breves y tenues: el sol tropical en una imperturbable transparencia atmosférica, azul de rayos ultravioleta; entre el occidente donde no llueve nunca; el oriente donde llueve siempre y aquí donde llueve tres meses al año: el cielo más transparente del universo.

Esta ardiente irradiación en la tenue atmósfera, pone en contacto al visitante con otra cualidad de la ciudad: su luz. Difícil será encontrar luz semejante, la constelación entre el sol que irradia al Amazonas, la altura y el aire claro, dan una luz tan intensa que bien merecería el visitante guardarla como único recuerdo.

Se ha soslayado hasta aquí la altura. La urbe más alta de la tierra (si excluimos Potosí que se ubica a 400 metros más arriba), ha sido motivo de curiosidad por el prejuicio, quizá fundado, de que a esa altura la vida humana es imposible. Este lugar, sitio de las civilizaciones andinas precolombinas parece desmentir esa convicción. La Paz, el testimonio de la victoria humana sobre la escasez de oxígeno. Este hecho decisivo para comprender el sentido de esta ciudad, un límite al progreso y una

probable parálisis de la cultura, parece ser por el contrario el desafío que incita su vitalidad.

Baste como ejemplo de la naturaleza de esa adversidad, esta descripción del mal de altura, el sorokchi: angustiosa necesidad de aire, mareo y creciente falta de aliento, debilidad muscular, cansancio rápido, falta de energía, indiferencia por lo que nos rodea y por el peligro, rápida alteración de depresión espiritual y alegría excesiva, falta de apetito, y a veces, tendencia al mal hasta degenerar en el crimen. Todas sus cualidades de ciudad están condicionadas por estas circunstancias, y la presencia multitudinaria de los aymaras, en convivencia, en tan breve espacio, con una versión excéntrica de Occidente: criollos y mestizos.

Enterado del paisaje, el visitante vislumbrará la ciudad en sus detalles: la cúpula de cobre de su catedral neoclásica hecha enteramente de granito; el lugar donde se fundó la ciudad en la Plaza Mayor; el casco viejo como un damero de cuatro cuerdas a la redonda, de manzanas iguales y calles simétricas; 'el simiente de oro', cuyo torrente cruza la ciudad y la divide en dos mitades; la hispana y la de los barrios de indios, que coexisten, divididos por el río; la avenida central, donde confluyen todas las calles y avenidas de los barrios adyacentes, cruzando el cauce de un río diferente: Apumalla Orkoiahaira, Irpavi, Huaynajahaira. Todas las calles y avenidas suben o bajan con diferente inclinación y declive, a las laderas deleznales empinadas del valle, o cruzan puentes o taludes, comunicando a un archipiélago de islas, plural variedad de declives y alturas de suelos y montañas de superficies y texturas, sobre el rugoso terreno donde se asienta la ciudad. Si afina la mirada, verá brillar sobre el terreno accidentado los techos de calamina, como un espejismo de cristales incrustados en el barro, fulgores que ahogan los colores.

La ciudad como un testimonio de su propia historia: el núcleo colonial hoy perdido en el abigarrado laberinto que alguna vez fue una armónica pequeña urbe mestiza toda de adobe sin revocar, de barro seco, techado de roja teja o de paja; interrumpida su unidad por las torres de piedra desnuda de las iglesias: San Francisco, Santo Domingo, San Pedro, La Merced; las casas señoriales afrancesadas del siglo XIX con sus fachadas decoradas a lo clásico; El Palacio Quemado por fuera francés y en el interior mudéjar; las casas de Sopocachi y San Jorge, popurri de todos los estilos europeos imaginables: alpinos o suecos, italianos o belgas, neotiahuanacotas o neocoloniales, cada una distinta de la otra al capricho de sus habitantes; los cientos de edificios de ladrillo visto que trepan las colinas y matizan el ocre de las fachadas de barro; los rascacielos de vidrio y hormigón, en medio de las calles empedradas de canto rodado, o las avenidas de adoquines de Comanche, rudo agregado de calles

nada reguladas mal delineadas con estrecheces y angosturas, torcidos callejones y recovecos sin salida.

Verá, la más abigarrada profusión de formas, en caótico escalonamiento vertical y horizontal, coexistiendo juntas, en un mismo espacio bajo la intensa luz y respirando el aire enrarecido. Las alhajas mezcladas con muchas cosas muy ridículas: fuentes de Berenguela (alabastro andino) como de jaspes blancas y cristalinas que se puede ver subir el agua por los pilares y cables cruzando entre los postes; la Caja de agua de bóveda de cañón y los letreros como un texto; el puente de las Recogidas Antiguas y el centro comunal postmoderno; los faroles de hierro forjado y los colores chillones de las banderillas.

Adivinará desde la altura, la diversidad humana de la ciudad, convivencia le seres y cosas que confluyen del pasado; hombres y mujeres a su aire y a su modo: el abejero de Mecapaca o el bordador de trajes de baile de la Kollasuyo; la vende cositas de la Pérez Velasco o el jugador de rocambor del Círculo de la Unión, el fabricante de cigarrillos o la tejedora de vicuña; el banquero o el danzarín de la morenada; la prima donna del ballet clásico o el viverero; el ebanista al pan de oro o la frutera con su pirámide de naranjas; el virtuoso del charango o la lavadora de oro del río Irpavi; la bruja que lee en coca o el físico que descifra los rayos cósmicos, el picapedrero de las columnas de granito o la elmendrera de mazapán; la canelera de Aranjuez o el llamero de Takesi; la santera de Tembladerani y el platero de Churubamba; la miniaturista de Alasitas y el andinista de alta montaña; el ex-combatiente de la guerra del Chaco y la colegiala de mandil blanco; el contrabandista de computadores y la barrendera de la madrugada; el ciego adivino y el jinete de concurso; la beata de la cofradía o el lustrabotas hualaycho; la tañedora de quena y el cambista turco.

Vislumbrará el visitante el murmullo del perpetuo comercio de todo lo imaginable: pueblo de mucha contratación, aquel espíritu de negociación, de trato y de comercio, que aprenden los niños desde la cuna en tales lugares, no se combina bien con la abstracción, con la meditación. Presencia simultánea de los contrarios plurales en convivencia.

Contraste brusco de la luz y la sombra; del frío y el calor, de la hermosura y la fealdad, de lo bueno y lo malo: simbiosis de gracia y chabacanería, elegancia y mala traza, pulcritud y caricatura. La lengua de castilla en un mar de erres y de eses; el esplendor de las mantas de seda, y la ágil espadaña; la frescura de la tuna y el encanto de la Miscelánea Austral; el Neptuno del Montículo y el agror del tumbo, la

quinina y el fruto de la pasión, el chuño y las estrellas de mar, el tarwi y el pacay, la kispíña y el locoto, la papaliza y el zapallo amarillo como una media luna.

Concierto de formas y colores, de texturas y olores; contrapunto de opuestos: diálogo.

Debate y armonía, unidad en la pluralidad, la ciudad hace honor a su divisa:

«Los discordes en concordia
en paz y amor juntaron
y pueblo de paz fundaron
para perpetuar memoria».